

LATIN AMERICAN STUDIES ASSOCIATION

FORUM

WINTER 2016 | VOLUME XLVII | ISSUE 1

50 YEARS

La vocación de una generación: Discurso de recepción del Premio Kalman Silvert, LASA, Puerto Rico, 29 Mayo 2015

por MANUEL ANTONIO GARRETÓN | Universidad de Chile | magarret@uchile.cl

Oxhorn of McGill University. During Phil's editorship, *LARR* is transitioning to publication in electronic form and will become the first completely open-access journal of its stature in the field. Phil also played a key role in LASA's decision to create an open-access press for publishing book-length monographs, thereby facilitating a single hemispheric market for the dissemination of academic books. He will continue working with the new Latin American Research Commons Press after his editorship of *LARR* ends this coming December.

Finally, in recent months LASA has been engaging in a strategic-planning initiative to brainstorm ways to make the association more efficient, more transparent, and more alive to the needs of its greatly expanded and more diverse membership, at a dynamic historical moment for Latin America and those who study it. I will have more to say on the strategic-planning initiative in the Spring issue of the *Forum*. In the meantime, let me encourage you to finalize your reservations for "LASA at 50" in New York City in late May. Not only will it be a historic meeting, but we also need your ideas and energy as we begin to debate and plan the next half century of Latin American studies! ■

Autoridades de LASA, miembros del Jurado, queridas amigas y amigos,

Agradezco muy emocionadamente en primer lugar a LASA, su Comité Ejecutivo y su Jurado del premio Kalman Silvert, su equipo administrativo. Parte importante de mi trabajo ha estado presente en LASA, he asistido a 18 Congresos y he sido miembro del Comité Ejecutivo. Recuerdo en este momento a otros Premios Kalman Silvert, a quien conocí cuando se jugaba por la ayuda a los académicos y centros que habían sido víctimas de las intervenciones militares en las universidades en Chile, otorgados a amigos y colegas como Richard Fagen, Alain Touraine, Julio Cotler, Guillermo O'Donnell, Osvaldo Sunkel, Edelberto Torres Rivas, Jean Franco, Peter Smith, por nombrar los más cercanos, y al recordarlos me produce un enorme honor el agregarlos a esa lista. Agradezco a Merilee Grindle y a mis amigos Sofía Donoso, Juan Pablo Luna y Ken Roberts por sus magníficas intervenciones en este panel. Gracias a todos Uds. por su presencia aquí y por su afecto. Para mí es conmovedor y será imborrable en mi memoria. Un abrazo estrecho para todos.

Siempre he pensado que los premios a la trayectoria de vida en algún ámbito, junto a con celebrar a alguna persona individualmente son también un reconocimiento a su entorno, en este caso, intelectual y generacional. Así recibo este Premio, como parte de una generación.

Esta generación nació a la vida pública y académica en los sesenta de la mano de las ciencias sociales, especialmente de la sociología que de alguna manera incluía a la ciencia política en América Latina. Desde nuestros inicios fuimos descubriendo que junto a una profesión y una disciplina había un objeto de estudio, la sociedad histórica, en mi caso la sociedad chilena, y

para todos, la sociedad latinoamericana. Esta sociedad se definía por una problemática histórica que era elaborada por las ciencias sociales y era a la vez un tipo ideal en el sentido weberiano y una utopía que se buscaba alcanzar. En aquella época dicha problemática era la cuestión del desarrollo que las ciencias sociales tematizaban como modernización, lo que tan bien formularan, entre otros, José Medina Echavarría y Gino Germani, desde ángulos distintos. Pero, más allá de las voces del desarrollo o la modernización, aparecían voces alternativas y críticas que se harán predominantes a partir de mediados de los sesenta, reflejando en el campo intelectual el impacto de la revolución cubana. Si en la realidad histórica, la cuestión de la revolución reemplazaba a la del desarrollo, en términos intelectuales, lo que se llamó la teoría de la dependencia y la hegemonía del pensamiento marxista en las ciencias sociales reemplazaban los enfoques de la modernización. A veces eso se hizo con críticas injustas de las visiones precedentes como las de la CEPAL.

En todo caso, lo que trato de mostrar es que nuestro nacimiento a la vida académica e intelectual está marcado por un doble significado: debíamos a la vez descubrir una profesión y una disciplina y un objeto de estudio, la sociedad latinoamericana y, como parte de ella, la sociedad chilena. Ello no habría sido posible sin una tradición de pensamiento en esta materia, pero sobre todo sin algunos que siendo un poco mayores en ciertos momentos nos confundíamos en una misma generación¹.

Concebíamos nuestras vidas y carreras académicas y profesionales en una triple dimensión, como lo intuyera Medina Echavarría: científica, intelectual crítica y profesional. Y eso lo vivimos como una tensión a veces insoportable y que nos

hacía trampas al concentrarnos en una u otra y abandonar las restantes. Pero no sólo esa tensión marcó nuestra generación y a mí personalmente, sino que ella era atravesada por aquella a la que se refería Wright Mills, biografías e historia colectiva, estructura y trayectoria personal. De alguna manera todos la vivimos y de distintas maneras. La tentación era olvidar la tensión y que un polo devorara al otro. Había que buscar formas de resolver estas tensiones que no dejaran perderse ninguna de las dimensiones. Ello significaba la presencia y distancia entre ellas, significaba necesariamente el desgarrar.

La pérdida de la distancia señalada entre las dimensiones y tensión constitutiva de nuestras vocación, en definitiva, su fusión, fue especialmente significativa para mi generación en Chile en el período que culmina con la a Unidad Popular. La identificación con los proyectos histórico políticos, nuestro deseo de historia como diría Touraine, nos llevó muchas veces ser testigos que sistematizaban o conceptualizaban tales procesos, que defendían posiciones, pero sin escrutarlos con distancia para poder entender y señalar sus problemas y mostrar lo que vendría planteando visiones alternativas. La solidaridad con tales proyectos y actores sociales, nuestra identificación como intelectuales con ellos, nos impedían la indispensable soledad para analizar y plantear alternativas. Y con eso no cumplíamos aquella dimensión insoslayable de esta vocación que es la de ser críticos con los propios proyectos políticos con los que nos identificamos y con los actores sociales y políticos con los que nos consideramos sus aliados e interlocutores. Miro hacia atrás ese período y creo que tenemos una deuda al respecto.

Deuda que quizás en parte saldamos en la época de las dictaduras. Ello en un doble

sentido. Por un lado, la revisión de las categorías conceptuales y prácticas profesionales con que habíamos pensado los procesos desarrollistas, populistas o revolucionarios que terminaron tan trágicamente, para proponer nuevos horizontes de liberación para nuestras sociedades. Pero sería una profunda equivocación pensar que el desenlace de tales procesos se debió a los errores de quienes nos identificábamos con ellos y no a la acción de los sectores poderosos de la sociedad y fuera de ella que querían terminar con los proyectos de desarrollo y transformación a sangre y fuego para recomponer a través de los militares capitalismo autoritarios engarzados con las tendencias predominantes del capitalismo a nivel mundial. Y ello da el sentido de nuestra segunda tarea en aquella época: a la vez que luchábamos por sobrevivir y por enfrentar desde nuestros propios y escasos medios contra la dominación autoritaria, tratábamos de comprender y analizar y desarrollar una masa crítica a la vez institucional y humana, comprometida y autónoma. Y ello coincidió con una nueva latinoamericanización de las temáticas de nuestro trabajo. Junto a las nuevas formas de comunicación entre los diversos núcleos e instituciones que se establecieron gracias a la solidaridad entre nuestros países, se imponía una nueva problemática con un nuevo horizonte a la vez objeto de estudio y principio normativo que era la democracia. Y en este proceso de latinoamericanización jugaron un rol fundamental las redes tanto a nivel de la región, como con la ayuda europea, y con la academia de los Estados Unidos, esta vez no para enfrentarnos como en los sesenta sino para enfrentar juntos la tarea de análisis científico, comprensión crítica y proyección desde nuestro lugar a las luchas de la sociedad contra las dictaduras. En mi caso particular, soy un gran beneficiado de

todas esas redes y grupos que constituimos sin los cuales mi trabajo no habría existido².

Hay que recordar los debates que se dieron en aquella época sobre la naturaleza de las dictaduras y autoritarismos, y las salidas a ellas a través de los procesos de democratización. Buscábamos desarrollar conceptos, análisis científicos, reemplazando a las universidades en docencia e investigación, proveyendo a la vez elementos útiles para las luchas de los actores sociales. Quizás nunca, en un ambiente sin embargo hostil al trabajo intelectual, fuimos más fieles a todas nuestras vocaciones y dimensiones sin abandonar ninguna.

La instalación de regímenes democráticos en prácticamente todos nuestros países, realidad inédita en nuestra historia, planteó nuevos desafíos tanto respecto de la recuperación de espacios universitarios, como, sobre todo, respecto de contestar una pregunta pendiente en las transiciones: más allá de la democracia como régimen de respuesta a las dictaduras, cuál era el sentido de ellas en nuestras sociedades. Quizás el movimiento social que mejor expresa esta cuestión es el de Chiapas, pese a su pérdida de importancia posterior, porque ahí se daban todas las dimensiones de una nueva problemática socio-histórica: étnica, regional, extra institucional pero democrática, anti globalización y anti neoliberal, inclusión e igualdad, nuevo papel del Estado. Más adelante fue lo que se llamó el giro a la izquierda de los gobiernos, desde la política, el que recogió esta nueva problemática socio-histórica. Desde las ciencias sociales, se abordó esta nueva época, por un lado, a través de la interdisciplinaria, la creciente importancia del debate metodológico en relación a las dimensiones cuantitativa y cualitativa y, sobre todo, con el debate

entre las voces más clásicas de desarrollo científico y las que se planteaban como superación de lo que se califica como el pensamiento colonial, síntesis aún pendiente. Por otro lado, los estudios sobre calidad, tipos y transformación de la democracia, las nuevas formas de acción colectiva, la emergencia de actores identitarios y las luchas por derechos, las nuevas formas de convivencia afectadas por los cambios en las tecnologías de información y comunicación, las nuevas relaciones entre subjetividad y política y entre Estado y sociedad, reformularon esta problemática socio-histórica. El concepto límite, objeto de estudio y principio normativo, que ocupaba el lugar que antes tuvieron el desarrollo, la revolución o la democracia, fue la igualdad.

He planteado en diversos trabajos que tanto los países que enfrentaron esta nueva problemática como aquellos que no lo hicieron, enfrentan hoy, con escasas excepciones, una crisis de sus modelos. Chile fue uno de los países que no intentó dar el salto a nuevas relaciones entre Estado y sociedad teniendo como horizonte la igualdad, como lo hicieron otros a través de asambleas constituyentes o el mencionado giro a la izquierda. Y hoy pagamos ese precio, tanto los actores políticos como los científicos sociales, lo que nos muestra nuestro horizonte en los próximos años.

En esta visión apretada y personal de lo que ha sido nuestra trayectoria como generación, resaltan tres grandes instrumentos de la vocación de conocer y comprender, que han sido inseparables.

Por un lado la docencia, que ejercimos incluso en los tiempos de proscripción. Se tiende a ver este ejercicio como una expresión de generosidad hacia los otros, especialmente los estudiantes. En mi caso,

son otros los que podrían juzgarlo. Yo lo veo también como un acto de egoísmo necesario. Porque los que no tenemos el don de pensar escribiendo, pensamos a través de la expresión oral, aprendemos a saber lo que pensamos a través de la exposición. Enseñar y exponer es una necesidad de nuestro papel como intelectuales. Y en ese oficio nuestra preocupación por desarrollar lo que pensamos debe siempre apartarse de la búsqueda de discípulos. Como se recordaba en esta mesa, creo fundamental que los estudiantes pasen en sus vidas universitarias por muy diferentes experiencias de formación, una de las cuales, no la única ni quizás la más importante pero sí indispensable es la clase magistral. Pero hay que reconocer que en el debate sobre las transformaciones de contemporáneas de la educación superior y las cuestiones de nuevas tecnologías de comunicación este problema no ha sido resuelto. A veces también los debates sobre disciplinariedad e interdisciplinariedad tampoco toman en cuenta la naturaleza de la experiencia formativa, puesto que no es una cuestión dicotómica que se resuelva al nivel del puro conocimiento o de temas epistemológicos. Uno puede decir que toda investigación en ciencias sociales es interdisciplinaria, pero hay un momento en que la formación disciplinaria es insustituible por ejemplo en el pregrado.

Por otro lado, mi mejor experiencia docente, y ello tiene de algún modo que ver con la diversidad disciplinaria y de mundos intelectuales de una institución como LASA que hay que preservar, ha sido la introducción de material externo a las ciencias sociales como novelas, series de televisión y para estudiar fenómenos sociológicos. Quizás porque ahí, como en el caso del cine italiano de Visconti o Scola, o en las novelas latinoamericanas como *Conversación en la Catedral* o *La Guerra*

de Galio, o en alguna telenovela brasilera, por nombrar solo algunos ejemplos, se encuentra mejor que en ningún lado la relación entre biografía e historia a lo que aludíamos al inicio o porque al tratar de entender a Melquíades o Amaranta en Cien años de soledad, los estudiantes agreguen otro tipo de acción a la clasificación weberiana. Me temo que en los excesos de profesionalización, criterios de empleabilidad y obsesiones metodológicas, el papel de la docencia para comprender nuestras sociedades pierda esta dimensión disruptiva y formativa en aras de una estandarización curricular para alcanzar determinados niveles de competencia y acreditación.

El segundo instrumento ha sido la investigación. Confieso también un cierto egoísmo. En general sólo he estudiado lo que he vivido o acontecimientos históricos o experiencias intelectuales: había que explicarse y explicar lo que pasaba. Y mi preocupación ha sido menos la de un teórico o de un investigador empírico tareas indispensables y medulares en nuestra profesión, que la de quien busca desarrollar conceptos, marcos analíticos, relatos, orientaciones, para comprender los fenómenos que vivimos. Si pienso, por ejemplo, en el desarrollo del marco analítico de la matriz socio-política, en la cual han sido parte esencial los colegas Cavarozzi, Hartlyn y Cleaves, recuerdo que todo surgió a partir de la pregunta por qué en Argentina hubo huelga temprana en dictadura y en Chile no la hubo, y de esa pregunta empírica salió el concepto de columna vertebral y luego de matriz socio-política para explicar cómo se constituyen en cada sociedad los sujetos y actores sociales. Pero también en los estudios de transición y democratización, casi siempre conceptualicé a partir de las experiencias que se vivían. Y desde otro ángulo, cuando quise saber qué pensaba yo

de la cuestión de modernidad, la mejor inspiración la tuve de los ensayos de novelistas y poetas como Kundera u Octavio Paz.

En esta campo también hay una amenaza hoy día al trabajo de investigación en nuestras disciplinas, en tanto se somete dicho trabajo a sistemas de medición, competitividad, rankings y estandarización que arriesgan convertirlos en irrelevantes para nuestras sociedades. Mi impresión es que redefinir la evaluación de nuestro quehacer obliga a una inmensa tarea por parte de comunidades e instituciones académicas a nivel latinoamericano para enfrentar los poderosos intereses transnacionales a nivel de la ciencia y el trabajo intelectual.

En efecto, el tercer instrumento de la generación a que pertenezco para cumplir nuestra vocación ha sido la de participar en el debate público, sufriendo el desgarramiento entre el discurso científico y el anhelo de historia. Más que la defensa de posiciones propias o grupales tomadas de antemano, nuestro esfuerzo iba dirigido a ayudar a comprender los fenómenos y procesos y desde nuestra propia especificidad, participar en ellos. Se trata no sólo los debates en torno a las dictaduras, las transiciones o los nuevos sentidos de la democracia o de la acción colectiva, que tienen su propia particularidad en las ciencias sociales, sino de aquellos que nacen fuera de éstas y que obligan a una respuesta con los instrumentos que tenemos que no fueron desarrollados para enfrentar esos problemas. En el caso chileno, los debates sobre la renovación socialista en los años ochenta o sobre el proceso constituyente son ilustraciones pertinentes. El gran riesgo aquí radica en las tentaciones del mundo mediático y la farándula, el abandono del desgarramiento y el uso indebido que podemos hacer de nuestra autoridad en el dominio

de las ciencias sociales cuando sólo emitimos simples opiniones en medios de comunicación, redes o asesorías. El uso de encuestas o estudios cualitativos para apoyar una determinada posición sin cuestionar los componentes conceptuales que hay detrás, usando por ejemplo conceptos como confianza o felicidad, son una de las tantas ilustraciones de lo que quiero decir. No debemos olvidar nunca que nuestra tarea se ubica en la misma línea de lo que señalaba Neruda para sus poemas: panes útiles y necesarios, en este caso, para ayudar a todos analizar y comprender.

Para terminar, digamos que en los últimos tiempos hemos visto como las tensiones analizadas en nuestro quehacer de estudiosos de América Latina, se han expresado, en una cierta disociación, ya mencionada escuetamente, entre las voces más ligadas a formas clásicas de trabajo y aquéllas que plantean innovaciones radicales. El riesgo es que se consoliden dos mundos cerrados en sí mismos o que busquen imponerse el uno al otro. No se trata de la cuestión insoslayable de izquierda y derecha, que remite a posiciones ideológicas culturales distintas y legítimas, sino de la ilegitimización mutua de las formas de saber. LASA ha sido una gran expresión de la coexistencia de diversas visiones y mundos. ¿No será hora de ir más allá de la sola coexistencia y pensar en procesos de hibridación? Al recibir este Premio que honra a toda una generación, pienso que es una de las grandes tareas de las nuevas generaciones de quienes dediquen sus vidas al estudio de América Latina.

Notas

- ¹ Pienso, y nombro sólo a los que conozco o conocí personalmente, en Fernando Henrique Cardoso, Pablo González Casanova, Rodolfo Stavenhagen, Octavio Ianni, José Nun, Aníbal Quijano, Julio Cotler, Domingo Rivarola, Edelberto Torres Rivas, Edgardo Lander y los hermanos Silva Michelena, Jorge Graciarena, Ruy Mauro Marini, y entre los chilenos, Eduardo Hamuy, Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y mis profesores Raúl Urzúa, José Sulbrant, Gabriel Gyarmati, Roger Vekemans, Luis Scherz, Armand Mattelart y Franz Hinkelammert, entre muchos otros. Mezcla de colegas y maestro Enzo Faletto y Guillermo O'Donnell. Y, sobre todo, para mí la sociología y las ciencias sociales, así como la comprensión desde ellas de la sociedad latinoamericana, están marcadas por la presencia e influencia de Alain Touraine.
- ² Como prueba de ello, recordemos sólo algunas muestras. El apoyo de instituciones y redes como LASA, FLACSO, ALAS, CLACSO, Joint Committee on Latin American Studies del Social Science Research Council (SSRC). Fundaciones como IDRC, el papel jugado por la Fundación Ford y un especial recuerdo al mismo Kalman Silvert, Nita Manitzas, Peter Bell, Peter Hakim, Alex Wilde. Como ayuda europea, el World University Service, SAREC o la Fundación Friedrich Eber. Entre los centros, el Wilson Center de Washington con Abe Lowenthal a la cabeza y el Kellogg Institute de Notre Dame University con un rol preponderante de Guillermo O'Donnell. Y en América Latina recuerdo los grupos de trabajo de CLACSO con Francisco Delich sobre coyuntura a partir del cual escribimos los primeros trabajos de análisis crítico del período de la UP y de análisis de los golpes militares, el grupo sobre autoritarismo y democratización en el Wilson Center, el del medio del SSRC, creado por O'Donnell y continuado por mí junto a Patricia Fagen y Juan Corradi, el de cultura y autoritarismo coordinado por Saúl Sosnowski, el de aprendizaje político en los procesos de democratización con Jennifer McCoy y Marcelo Cavarozzi, el de partidos políticos en América Latina con CLACSO y el SSRC con Marcelo Cavarozzi, el de la matriz covopolítica con Peter Cleaves, Marcelo Cavarozzi, Jonathan Hartlyn y Gary Gereffi. Más

Refuge, Alliance, and South-South Exchange: Latin America and the Middle East

by JESSICA STITES MOR | University of British Columbia, Okanagan | jessica.stites-mor@ubc.ca

adelante vendrían para mí otros como el de Desarrollo de la Ciencia Social en América Latina, con Hélio Trindade como coordinados junto a Gerónimo de Sierra, Miguel Murmis y José Luis Reina. A todos ellos y otros, se agregan los múltiples congresos y seminarios latinoamericanos, imposibles de mencionar, pero entre los que deben recordarse los organizados por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, coordinados por Julio Labastida y los de FLACSO-México. ■

Since the beginning of the Arab Spring in 2011, an estimated nine million Syrians have left their homes to seek refuge outside their country's borders, and just this past November, a record three thousand Syrians were granted asylum in Brazil, in one of the largest and least bureaucratically complicated refugee acceptances in the Americas. Two months earlier, President Dilma Rousseff authored an editorial in an outlet of the *Huffington Post* arguing that since over ten million Brazilians could claim Syrian-Lebanese heritage, it was Brazil's duty to welcome and support these new migrants with "open arms" (2015). Beyond humanitarian concerns, she argued, connections between these two regions are significant and long-standing.

The punctuality of a political or economic disaster, such as this most recent moment, reminds scholars and policy makers of these ties and their greater human or geopolitical import. However, the nature of crisis often highlights the limitations and failures of sporadic attention to such relations. While fresh urgency attends awareness of the impact of long-term intervention and population displacement in the Middle East, it is not a nuanced perspective that reveals the alliances and complicities forged from shared suffering at the hand of empire or resulting from the contest of Cold War superpowers. For over a century, migration, cooperation, and exchange between these two regions has been without significant pause, and from the middle of the twentieth century, an emerging consciousness of belonging to a community of the global South has come to mark these relations.

Middle Eastern migrants were a part of the first voyages of exploration and European conquest; merchants of the Mediterranean world conducted trade between the metropole and its outposts; and fugitives of

scarcity and oppression often made the voyage across the great Atlantic divide. Since the late nineteenth century, however, new flows of peoples gave rise to larger immigrant communities, from within which many successful businessmen, politicians, and families utilized transregional networks to forge powerful alliances between the two regions (Lesser and Klich 1998; Alfaro-Velcamp 2009). However, until recently, most scholarship of Middle East–Latin American exchange has focused rather exclusively either on migrant communities or on international diplomacy as a minor addendum to reflections on U.S. and Soviet intervention.

Economists have raised the point that we have very little understanding of how these regions interact, even on the most basic level. Trade scholars have just begun to investigate exchange and investment relations, uncovering an estimated \$40.6 billion in annual trade, making the Middle East a significant contributor to economies of the region, particularly in South America. Some have suggested that the Middle East could promise Latin America an alternative development strategy to that of the Bretton Woods system, importantly with greater autonomy from North American market forces (Ellis, Baeza, and Porras Eraso 2014). The proliferation of organizations such as the Council on Arab Relations with Latin America and the Caribbean, the Federation of Arab–South American Chambers of Commerce, and the Consejo Para las Relaciones Entre el Mundo Árabe y América Latina y el Caribe (CARLAC), alongside the expansion of the Arab–Latin American Summits, suggest that expanding economic ties are only a part of a transregional strategy to promote greater economic cooperation.

From another perspective, foreign-policy scholars have pointed to relations like those